

**BALTASAR**

**GARZÓN**

**LA INDIGNACIÓN  
ACTIVA**

---

Una mirada personal  
para transformar la realidad

BALTASAR GARZÓN

# LA INDIGNACIÓN ACTIVA

*Una mirada personal para transformar la realidad*

Con prólogo de E. Raúl Zaffaroni

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Fundación Internacional Baltasar Garzón, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2018

Depósito legal: B. 26.608-2017

ISBN: 978-84-08-17983-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# Índice

<i>Prólogo</i> , de E. Raúl Zaffaroni	13
<i>Introducción</i> . La Indignación Activa	19

## PARTE PRIMERA DE LA IMPOTENCIA A LA ESPERANZA

1. POLÍTICA Y ÉTICA	25
Contra la impotencia y el tedio	25
La triple crisis de España	28
La segunda Transición	31
El liderazgo: reivindicación de Maquiavelo	33
Los partidos: parte del problema y parte de la solución	37
La peste de la corrupción	38
La era del crimen organizado	43
El combate, necesario y complejo	46
Responsabilidad irresponsable	47
Cuando ser corrupto no da miedo	50
La ética, compañera imprescindible de la política	53
La desesperante indiferencia	55
Tres conceptos regeneradores	58

La soberbia, enemiga de la razón	59
Los otros soberbios	63
2. LA DIGNIDAD HUMANA	67
Irracional y atávica violencia	78
3. TERROR, PAZ Y LIBERTAD	81
El gran error frente al terror	81
11-S, un antes y un después	82
Aquella guerra inútil	84
La dignidad de la rebeldía	87
¿Seguridad sin libertad?	89
Occidente y sus «culpas»	92
El drama de una respuesta tardía	94
No hay terrorismos «buenos»	99
Algo demasiado serio	102
Contra la locura	104
La libertad	107
4. LA JUSTICIA	110
En nombre de la sociedad, no del rey	110
La impunidad de los nuevos perpetradores	116
La humanidad, amenazada	120
Principio incómodo para conciencias cómodas	121
Por lejano que esté...	125

## PARTE SEGUNDA DERECHOS Y VÍCTIMAS

5. LOS DERECHOS HUMANOS	131
Educando a los poderosos	131
Otras visiones de los Derechos Humanos	136
Violencia de género: siglos de infamia	139

Bajo la punta del iceberg	143
Violencia universal	144
Datos escalofriantes	146
Indiferencia culpable	148
La familia en tiempos de guerra	150
Niños víctimas, niños soldados	151
La feroz intolerancia ante los derechos reproductivos	152
La tercera revolución	154
Vidas destrozadas	156
LGTBI: discriminación redoblada	158
Muros caídos, muros levantados	162
ONG, los falsos culpables	164
La ciudadanía universal	166
Barreras invisibles frente a ciudadanos del mundo	168
Una nueva humanidad	171
La empresa y los Derechos Humanos	174
Iguales en Suiza que en Tahití	177
Justicia Universal para la universal naturaleza	177
Responsabilidad empresarial: los beneficios de la decencia	178
Justicia para la Madre Tierra	181
Un solo mundo, una sola justicia	184
La pesadilla de la impunidad	186
Sociedad civil vigilante y protectora de los Derechos Humanos	189
De la imprenta al ciberespacio	193
Una nueva figura: los alertadores	197
El caso Assange	203
Libertades públicas o imperio de la arbitrariedad	206
Turquía, donde se instaura el olvido	208
La crisis de la vergüenza	212
Esa gran fosa llamada Mediterráneo	214
El ministro que hablaba con los muertos	217
La cultura de la legalidad	219

Contra la corrupción, escuelas	222
Ni duermen ni reposan: el deber de memoria	226
La Transición no fue la panacea	231
El deber de memoria	235
La verdad cierra las heridas	240
6. LAS VÍCTIMAS	243
Nada se podrá cerrar sin ellas	243
El nacimiento de la víctima universal	248
<i>Transición</i> no es sinónimo de <i>justicia</i>	249
El ejemplo de Colombia	251
El valor de los que sufren	255
Los héroes de Guatemala	259
El digno país de monseñor Romero	261
El interminable calvario indígena	262
7. LOS DEFENSORES	270
<i>Anexo</i>	275
<i>Bibliografía</i>	283

## Política y ética

*Cuando la corrupción se convierte en sistémica e impune,  
destruye las bases de la legitimidad democrática  
y propicia la llegada de los peores totalitarismos.*

### Contra la impotencia y el tedio

La política no consiste en ocupar cargos, sino en dinamizar las ideas, en integrarlas, en buscar el bienestar y la felicidad del ciudadano. Y debe ser creíble. La credibilidad de un sistema radica en la existencia y realidad de los controles a los que se somete el poder; quien más poder tiene debe ser el más controlado, ya que al administrarlo o al desplegar la acción legislativa sus detentadores deben ser conscientes de que son meros usuarios del mismo, en tanto que el pueblo al que sirven es su titular y ante él deben responder. Por ello la recuperación de la ética en la gestión pública es básica y fundamental. Si queremos que la sociedad actual y la del futuro resulte fortalecida, necesitamos líderes cuya marca sea la de la ética y la responsabilidad para hacer real la necesidad de seguridad física y jurídica, apoyada en los valores básicos del Estado de Derecho que la defienden de las agresiones, sean estas internas o externas, y que la dotan de una fortaleza institucional indiscutible.

Creo que fue Napoleón Bonaparte quien dijo que dos fuerzas guían al hombre: el miedo y el egoísmo. Es posible que esta definición sea válida para cierta categoría de individuos: aquellos insolidarios, que carecen de empatía, que priman la satisfacción personal sobre los valores de la convivencia. Personas individualistas y sin



duda temerosas de perder un estatus que parecen pasar la vida persiguiendo, para luego aferrarse a él por encima de cualquier otra consideración.

En mis años de judicatura he tenido ocasión de conocer a demasiadas personas que nutren la patología social en sus peores ejemplos. Desde luego, otro de los escenarios en los que se constata esa máxima, ampliada con el cinismo y la soberbia, es el de la política. Es cierto que estas patologías están en la base de muchos males. Y producen un efecto multiplicador, ya que la carencia de valores alienta el desapego y la búsqueda del propio bienestar, un bienestar basado en la cultura del dinero, el consumismo, la envidia, el aprovechamiento y la corrupción por conseguir aquello que tiene el otro.

En el entorno vital más primario, en el profesional, laboral e incluso lúdico, hay muchos individuos que reúnen estas características y que no son capaces de salir de ese bucle de mediocridad que, a la postre, los mantiene en una situación inducida por diferentes agentes, por los poderes económicos, por el consumo, por demasiados políticos, por los medios de comunicación que hacen de altavoz a los anteriores ahogando otras voces que llaman a corregir actitudes.

¿Qué ocurre con los niños y con los jóvenes? El mal ejemplo de sus mayores puede llevarlos a obviar el esfuerzo y perseguir un futuro de adultos acomodados a la espera de que un golpe de suerte mejore la situación y los convierta en personajes ricos y famosos. Despojar a la escuela de elementos como la educación ciudadana u otras materias que contribuyen al bagaje humanista de los que se están formando es perverso. Supone negar a la persona herramientas para forjar su valía personal, su madurez, su capacidad de crítica, su formación social y política, su afán de superación, el brillante aliento de tener la alegría y la aspiración legítimas de unirse a otros seres humanos, con el fin de colaborar en conseguir una vida mejor y más plena, de avanzar, descubrir y plantear como meta la felicidad propia y del conjunto.

Frente a esos elementos nocivos, es bien cierto que también existen otras personas que se levantan cada día con el ánimo activo

y bien dispuesto a combatir la indiferencia. Seres admirables que son capaces de denunciar un atropello a la convivencia, de defender a las víctimas de crímenes horribles, de apoyar causas justas enfrentándose a poderes omnímodos y temibles. Personas que se ponen en el lugar del otro, no para aprovecharse de él, sino para comprenderlo, respetar su diferencia, integrarse en una diversidad cada vez más diferente, pero más igualitaria, o para construir un país más justo, menos excluyente; o para exigir transparencia a los gobiernos o una justicia independiente. Todo ello, anteponiendo el servicio público al interés personal; el sacrificio por los demás, a la comodidad; la beligerancia y la indignación ante la injusticia, al adocenamiento de la indiferencia, y la defensa de las víctimas, a la impunidad de los perpetradores prepotentes y obscenos.

Definitivamente, este tipo de buenas personas están en todas partes, ya sea en la convivencia diaria o en ámbitos más cotidianos y de toda clase social, ya en lugares humildes o en los prósperos, en países que luchan por la subsistencia y en otros que no sufren apenas carencia alguna. Desde quien cede su asiento en el bus a alguien que lo necesita hasta los hombres o mujeres capaces de prestar algo de su tiempo como voluntarios en un comedor social, acompañando a gente que vive en soledad o repartiendo por la noche sopa caliente a desafortunados que sufren el invierno en la calle. Son el contrapunto necesario en un mundo hostil, por la voluntad de quienes más lo agreden y propagan la desesperanza y el miedo. Y son de quienes deberíamos aprender que es posible cambiar lo que nos queda por vivir y construir, y con ello dibujar un futuro con menos desigualdad y más afecto.

Comparto con todos ellos un sentimiento de urgencia por dar un cambio radical a la expresión de hastío en la que naufraga una parte de la sociedad ante la falta de respuestas o ante la arbitrariedad de las mismas. Si permanecemos inermes, pasivos, acomodados, corremos el riesgo de que nos consuma el tedio y nos conduzca a una especie de adormecimiento inducido.

Entonces, ¿qué respuesta daremos a la pregunta que subyace

en todo este planteamiento? ¿Cómo salir de esta impotencia para evitar que fermente y dé vida a los peores demonios que cada uno de nosotros albergamos?

Desde luego no queda otra que gritar con indignación «ya basta», «no en mi nombre», y a continuación levantarse y actuar. Siempre adelante, siempre convencidos de que se puede cambiar el curso de los acontecimientos y que el determinismo no es la filosofía que debe guiar nuestras vidas. No todo está perdido. Cada día, cada momento, podemos hacer diferente lo que hasta ese instante parecía imposible. La utopía no tiene por qué ser una frustración, sino el aliciente que alimenta esa confrontación permanente del ser humano en la lucha por su supervivencia armónica en un entorno natural y sostenible.

## La triple crisis de España

*El poder de infección de la corrupción  
es más letal que el de las pestes.*

AUGUSTO ROA BASTOS

Los teóricos de la Ciencia Política, con enfoque historicista y de análisis evolutivo, resaltan la existencia de determinados puntos de inflexión en la historia política de toda sociedad, identificándolos como momentos de contingencia, ante los que se abren vías alternativas que serán determinantes para nuestro futuro como sociedad. Fijar el rumbo, en este punto, hacia uno u otro camino marcará toda la posterior evolución política de esa sociedad.

Nuestro país se encuentra actualmente ante otro momento de contingencia destinado a marcar un antes y un después en aquella evolución. La relativa estabilidad de la arquitectura político-institucional que nos gobernaba desde 1978 se está tambaleando. La crisis que hemos experimentado en los últimos años se ha manifestado principalmente en tres aspectos: el grave deterioro económico,

la ruptura del modelo territorial y la creciente corrupción. Estos tres conflictos han confluído en un cóctel explosivo que ha golpeado el andamiaje político creando graves fisuras que deben ser apuntaladas y restauradas.

Así, la crisis económica que estalló en 2008 puso en duda gran parte de nuestro marco político de convivencia; se expandió por el sector privado financiero, destruyendo el castillo de naipes productivo que se sostenía sobre una burbuja inmobiliaria alimentada por la desregulación neoliberal. El estallido de ese sector productivo creó una bolsa de desempleo insostenible que llevó a la exclusión económica a una gran parte de los españoles. Las instituciones, sin capacidad de articulación de respuestas contundentes, soportaron el progresivo deterioro de las cuentas públicas debido a la falta de ingresos que impedía alcanzar un nivel de recaudación tributaria aceptable para el mantenimiento del gasto público. A esa mella de las cuentas públicas tampoco ayudó el rescate al sector financiero, medida que terminó de vaciar las arcas del Estado. Más de 40.000 millones de euros nos ha costado la broma de la crisis bancaria.

La historia es conocida: para garantizar el gasto público hubo un endeudamiento masivo con emisión alarmante de títulos de deuda pública, con intereses que hipotecaban a generaciones a causa de la actuación fraudulenta de agencias especulativas de calificación que jugaban con la soberanía. Cuando ese modelo de sostenimiento del gasto público por mero endeudamiento se hizo inviable, pasamos al *austericidio*, política preferida del presidente Rajoy en estos últimos años. Con los recortes al gasto público, principalmente al gasto social, se pretendió lograr el equilibrio en las cuentas públicas, en lugar de buscar la activación económica con el incremento del consumo y el gasto público. Es decir, las recetas neoliberales que generaron la crisis se impusieron como forma de solución de la misma, algo así como apagar el fuego echándole gasolina. Un claro exponente de ello fue la reforma laboral, que precarizó el trabajo y provocó una brutal pérdida del poder adquisitivo de las familias. La consecuencia ha sido una catástrofe económica cuyos signos distin-

tivos han sido los de la expansión de la pobreza y el grave riesgo de exclusión social de un sector importante de la población.

El problema territorial no es menor. El modelo de convivencia en España ha experimentado recurrentes convulsiones en los últimos siglos. Es una de las grandes fuentes de crisis política de nuestro país. Sin embargo, el Estado de las autonomías de 1978 ha evolucionado pacíficamente hasta agotarse en nuestros días. La crisis soberanista de Cataluña que se manifestó sin ambages en septiembre y octubre de 2017 (leyes de desconexión y transitoriedad y referéndum, respectivamente, con la pseudodeclaración unilateral de independencia, posterior aplicación del artículo 155 de la Constitución y convocatoria de elecciones para dicha Comunidad Autónoma por decisión del Gobierno de España) es el mejor ejemplo de esa crisis territorial. Lo que nos sirvió provisionalmente en 1978 hoy parece inservible. Se precisa, pues, un modelo en el que encajemos todos y que erradique la agresividad centrífuga de unos respecto del inmovilismo centrípeto que ha practicado el gobierno del Partido Popular.

Pero, además, la alarmante corrupción ha propiciado la desafección política y generado una insalvable brecha entre los ciudadanos y sus representantes. Los escándalos de corrupción en el actual gobierno han producido una total repulsa del ciudadano hacia los partidos políticos, poniendo en riesgo la legitimidad institucional. El corrupto no solo asalta las arcas públicas, sino que atenta contra la esencia del orden democrático y, cuando esa corrupción se convierte en sistémica e impune, destruye las bases de la legitimidad democrática y propicia la llegada de los peores totalitarismos.

Esta crisis de tres aristas ha impactado en la estructura económica, en el modelo de convivencia territorial y en la legitimidad democrática, dejándonos una quiebra institucional incuestionable que nos sitúa ante un momento de contingencia histórico en el que tenemos que reparar todo el sistema de gobernanza para dar respuesta eficaz a aquellos retos.

El gobierno que quedó formado después de la frustrante expe-

riencia política electoral vivida entre diciembre de 2015 y junio de 2016 no ha sido capaz de guiarnos hacia ese nuevo modelo, formado por la conjunción racional de las tres aristas de la crisis sufrida; antes al contrario, ha profundizado el estado de la cuestión, solapando unas con otras y cubriendo con ello su propia impotencia. España se ha convertido en un gran escenario judicial en donde se subastan los procedimientos judiciales y se utiliza a la fiscalía, y se intenta hacerlo con los jueces, dejándonos perplejos y nuevamente frustrados.

## La segunda Transición

Pienso que, después de todo lo acontecido en este tiempo, dentro y fuera de los partidos políticos, de las intenciones separatistas de una parte de los catalanes y catalanas, de los efectos de la crisis económica y del impacto de la corrupción que durará mucho tiempo, se debe acometer lo que sería una segunda Transición. El camino elegido en este momento de contingencia marcará profundamente la evolución política de nuestro país. Si se elige el modelo conservador, se profundizará en el fracaso actual, la desregulación masiva de los mercados, el *austericidio* económico materializado en el recorte de todo atisbo de servicio público universal, la contracción del gasto público en favor de un mercado que impere a su libre arbitrio, la profundización en la desigualdad social y con una defensa a ultranza de un modelo territorial. Un modelo en el que subyace un peligroso unitarismo centralista de nefastas consecuencias, defendido por aquellos que han producido un daño irreparable, permitiendo que la corrupción se haya esparcido por nuestras instituciones, dinamitando la base de nuestra democracia.

O podemos apostar por abrir un nuevo camino basado en un modelo económico sostenible, que garantice los servicios públicos esenciales, regule férreamente los desmanes de los mercados, apueste por el gasto público como motor de crecimiento, garantizando el

gasto social y los servicios públicos universales, a través de una reforma impositiva que grave a los que más tienen en beneficio de los que menos tienen, generando así una necesaria redistribución de la riqueza que saque del riesgo de exclusión social a tantas familias españolas. Con una política progresista que reconozca la diversidad de los ciudadanos, sus orientaciones sexuales y los modelos de familia alternativos que surgen. Un modelo que apueste por avanzar hacia un nuevo orden territorial en el que encajemos todos los españoles, sin agresiones regionalistas o centralistas. Y por supuesto con una intachable ética en la gestión de lo público, plantándose ante la corrupción como única forma de recuperar la legitimidad democrática que se ha socavado en estos últimos años.

No es el momento de marcar líneas rojas, sino de llegar a acuerdos fraguando una alternativa diferente, una propuesta progresista. Ese fue el mandato claro que la sociedad española dio por dos veces a los políticos: la encomienda para acabar con la austeridad, solucionar el problema territorial y ser intransigentes con la corrupción. Desafortunadamente, parece que los únicos que no se han dado cuenta son los líderes de una política escrita con letras pequeñas y torcidas, que no dan cobertura siquiera a una nota a pie de página.

Los partidos progresistas, que quieren avanzar hacia algo diferente a lo que tenemos, están obligados al acuerdo, una vez más. La historia ha demostrado que, mientras los demócratas y progresistas se enfrascaban en peleas y rencillas inocuas, se cedió ante el avance del fascismo, dejando a nuestro país en manos de una de sus mayores desgracias históricas, el franquismo. Bajo ningún concepto el pueblo se merece una falta de ética y de responsabilidad política en quienes le representan a través de los votos depositados en las urnas. No caben más frustraciones; no caben más errores que, de hecho, ya no serían tales, porque todas las alarmas están dadas. Sería la irresponsabilidad de aquellos líderes la que habría propiciado las regresiones al pasado que se atisban en estos tiempos, reflejadas en ciertos comportamientos muy poco democráticos.

## El liderazgo: reivindicación de Maquiavelo

La figura de Nicolás de Maquiavelo (Florencia, 1469-1527) me ha cautivado siempre y, al contrario que muchos, siempre le he reivindicado. Maquiavelo se desempeñó como diplomático ante el rey de Francia, el emperador Maximiliano I y César Borgia. Asimismo, fue secretario de la segunda cancillería encargada de los Asuntos Exteriores y de la Guerra de la ciudad de Florencia.

Una de las principales preocupaciones de Maquiavelo fue la Soberanía de los Estados y la grandeza de estos. Admiraba el Imperio romano.

Su obra *El Príncipe* vio la luz un día emblemático para nosotros en la historia del siglo xx: el 10 de diciembre de 1513. Ese día, 435 años después, se aprobó la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Hoy, 504 años más tarde, sigue estando vigente la obra de este pensador florentino.

Como dice Roberto Raxchella, que escribió la introducción a *El Príncipe* en un volumen de 2008 de la editorial Losada: «Sus 26 capítulos son en general breves... y están atravesados tanto por ejemplos históricos como por agudas y desmitificadoras definiciones de la condición humana, expuestas a menudo con la dureza de los silogismos perfectos o la taxativa determinación de un sí o un no».

*El Príncipe* constituye un complejo sistema de consejos extraídos de la propia experiencia del autor (y de su increíble capacidad de observación y de análisis de la naturaleza humana), y de reflexiones que dan forma al ideal de gobernante. En la obra se dibujan las virtudes que deben adornar a un buen gobernante, así como los vicios del ejercicio torcido del poder, y su contenido ha servido, junto con las demás obras del autor, para configurar el pensamiento político posterior y ofrecer una especial visión del mismo a partir del análisis del comportamiento humano.

Si bien es cierto que *El Príncipe* puede ser entendido como un *manual para gobernar*, también lo es que las enseñanzas en él descritas son más de orden pragmático que moral. Por esta razón, lo



descrito por Maquiavelo no es el «deber ser» de la política, sino la realidad de la misma.

Se ha demostrado que el *eje transversal* de *El Príncipe* es el tema del *buen gobierno*, dividido en tres grandes temáticas: *el aseguramiento de la soberanía*, *el uso adecuado de las armas* y, finalmente, *la convivencia de las clases sociales en el interior del Estado*.

Maquiavelo reconoce que en los Estados conviven dos clases de ciudadanos contradictorias: *la de los «nobles» y la del «pueblo»*. Así, en el libro *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, el autor considera que las dos clases pueden ser entendidas como fuerzas contradictorias. En esta obra, la preocupación de Maquiavelo va más encaminada al tema de la libertad («ninguna fuerza doma, ningún tiempo consume, ningún mérito iguala el nombre de la libertad») y no al tema del ejercicio del poder, como en el caso de *El Príncipe*.

Sin embargo, en *Discursos* también se hace presente la noción de paz en el interior de un Estado. Maquiavelo afirma que un pueblo que se maneje por sí mismo en todo puede caer en conflictos internos. En razón a lo anterior, el autor proclama: «Un pueblo que puede hacer lo que quiere no es sabio. Una multitud sin cabeza es, en efecto, inútil. El pueblo necesita siempre un guía que le muestre su auténtico bien y lo libre de engaños». Así lo recoge Luis Villoro en su trabajo sobre los dos discursos de Maquiavelo. Por otro lado, Maquiavelo también mantiene que un absoluto dominio de los «nobles» termina en una tiranía.

Ante este panorama, la mejor opción es un gobierno mixto con iguales representaciones entre las dos clases. Este sería «un sistema duradero en la medida en que se controlara la ambición de los poderosos con el poder del pueblo, y la inclinación al desorden de este con la autoridad de la nobleza. Superando la discordia, se lograría imponer un «bien común a las distintas clases. Bien común que se traduce en la consecución de la paz en el interior de los Estados».

Estas consideraciones me llevan a un par de reflexiones sobre el liderazgo y sobre el modelo o los modelos políticos de hoy, cuando se titulan democráticos.

La ausencia de liderazgo político se ha convertido hoy en una constante; el príncipe, es decir, «el señor prudente» del que habla Maquiavelo, está autorizado a faltar a su palabra «cuando tal fidelidad se vuelve en contra de sus intereses y cuando las razones que motivaron sus promesas han caducado. Y si los hombres fueran todos buenos —continúa Maquiavelo—, este precepto no sería bueno, pero, como son malos, y no observarían contigo la palabra dada, tampoco tú tienes por qué observar con ellos tu palabra. A un príncipe (líder), por otro lado, nunca le han faltado las razones legítimas para disfrazar esta inobservancia». De este hecho, concluye que «podría darse una infinidad de ejemplos modernos y mostrar cuántos acuerdos de paz, cuántas promesas se han vuelto nulas y vanas por la infidelidad de los príncipes; y justamente el que mejor imitó al zorro fue el que más éxito ha tenido». Dicho de otro modo, es bueno que el líder tenga las virtudes de la clemencia, de la fidelidad, del humanismo, de la integridad y de la prudencia, pero lo realmente importante para este planteamiento es que parezca que tiene cada una de esas cualidades. «Todos ven lo que pareces, pocos palpan lo que eres y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de muchos que cuentan en su defensa con la majestad del Estado».

De lo anterior se desprende que esta visión del liderazgo contradice lo que en un sistema democrático debe exigirse del gobernante. Abusar de los ciudadanos en los que te has apoyado para obtener el mando, prescindir de la verdad y la integridad a la hora de adoptar decisiones porque conviene a la apariencia o al propio interés del partido político al que perteneces quiebra el principio de confianza que en democracia debe regir hacia quien ejerce el poder.

En este sentido, puede afirmarse que, con escasas excepciones, los políticos de hoy en día viven la política sin dotarla de argumentos morales. El pragmatismo es la única ideología que comprende a la práctica totalidad de aquellos que anteponen la consecución del poder a cualquier otra circunstancia de interés público. De alguna forma, el ejercicio actual de la política impone olvidarse de los principios que deben regir el ejercicio del servicio público y podría de-

cirse que se ha mercantilizado, entregándose en las manos de las corporaciones que utilizan los intereses económicos y financieros, la comunicación, el marketing y los lobbies, en beneficio propio, en una especie de escenario de imágenes irreales en el que estos, y no los políticos, manejan y dirigen la escena como los verdaderos *príncipes* que gobiernan un mundo cada vez más globalizado y material. Michael J. Sandel, discrepando claramente del pensamiento de Maquiavelo, advierte que nuestra política está recalentada porque en su mayor parte es inane y está vacía de todo contenido moral y espiritual. Es decir, que no se compromete en cuestiones de calado, que son las que preocupan a la gente.

Esta «decadencia» de la política va pareja a la certeza cada vez más evidente de que vivimos en una democracia aparente en la que la participación del pueblo es más formal que real, concretándose en la mera emisión del voto, sin ningún control sobre los elegidos y quienes ejercen el poder, y dejando en sus propias manos, o en las de los que les han conseguido la posición, la justicia y la ponderación del mismo poder, que es tanto como iniciar el camino hacia la tiranía. Todo ello disfrazado de mayorías electorales, pero realmente bajo el control de intereses espurios diferentes al interés general en una democracia.

Cuando los controles fallan, no existen o estos se hacen arbitrarios y se ponen en manos de quienes no se rigen por los principios de la ética y la responsabilidad de la que hablara Max Weber, sino por los del aprovechamiento personal, la opacidad o el oscurantismo, el sistema ha fracasado y es necesario desarrollar otro modelo de participación y control del poder como único medio de garantizar la verdadera protección en un sistema democrático de los ciudadanos.

Hoy en día, es una realidad que el poder difícilmente tiende a autocontrolarse, y son la sociedad democrática y todos sus componentes los que deben ejercer ese control. Pero esa vigilancia debe materializarse en forma directa e inmediata, sin intermediarios. La rendición de cuentas, la transparencia, tanto en el sector público como en el privado cuando este tenga intereses estratégicos que interfieran los derechos de los ciudadanos, la evaluación ante los elec-

tores, la integración de esos mecanismos en el ejercicio del poder hará a este verdaderamente democrático.

El contrato electoral o acuerdo entre gobernantes y gobernados es el que plasmará a través de su cumplimiento la «guía» que muestre al pueblo el auténtico bien y lo libre de engaños de quienes los dirigen o manipulan por intereses extraños al uso del poder democrático que el mismo pueblo puso en sus manos.

La sucesión de élites (los «nobles» de los que hablaba Maquiavelo) vuelve endogámico al propio sistema y aproxima la República a la Monarquía en la que los derechos dinásticos están por encima de los méritos democráticos y los deberes por debajo de los derechos.

La continuidad de élites políticas en la detentación del poder, a modo de patriciado romano, hace desconfiar al pueblo del sistema que propicia esa realidad y determina el divorcio entre dirigentes y administrados y que estos vuelvan la espalda a un mecanismo que pierde sentido buscando otras salidas o intereses.

## **Los partidos: parte del problema y parte de la solución**

Es muy habitual que, en múltiples debates políticos, tertulias, charlas de café o conversaciones, surjan expresiones que descalifican a los partidos y a los políticos que los integran. La percepción de que son estructuras opacas, oscuras, más atentas a la consolidación del poder en el propio aparato que al servicio a los demás, focos de corrupción, de puertas giratorias, de aprovechamiento del poder, en vez de mecanismos de fortalecimiento ciudadano, es una sensación tan peligrosa como permanente.

Por ello, los partidos políticos —esencia de la democracia— no pueden convertirse en guetos separados, en iglesias obedientes o en fetiches sagrados e intocables, sino que deben ser plataformas de negociación, de intercambio y de diálogo: la función política es necesariamente un acto de valor que no puede huir de las confrontaciones, del análisis profundo de las realidades, bajo pena de ser una farsa. Solo así

la acción política queda expuesta a los ciudadanos, transparente y práctica, lejos de oscuros hermetismos que se pueden convertir en rampas deslizantes hacia la corrupción del político y al descrédito de su acción.

En este sentido, dialogar no es claudicar, sino tener oportunidad de ceder ante los argumentos del adversario, superando un tipo de cultura política cerrilmente dualista que encona y crispa, que forcejea inútilmente y en la que los ciudadanos no encuentran valores de solidaridad, de rearme ético y de actitud honrada en el servicio público. En nuestro país echamos de menos la honradez en los planteamientos políticos; necesitamos creer en que es posible confiar en quienes nos representan, y no solo acudir a ellos, como ellos a nosotros, por meros intereses coyunturales o de conveniencia.

En todo trance político es preciso abrir las ventanas del diálogo, es necesario desentumecer la musculatura política de los representantes del pueblo, es imprescindible articular una sociedad más solidaria, más justa y más dinámica, y en este empeño debe implicarse el hombre público, servidor de la ciudadanía.

Es notorio que mis argumentos se plantean desde una mirada de izquierda, lo que significa vocación por integrar a las minorías, hacerlas partícipes y promover la igualdad y la transparencia en las políticas públicas. Ser de izquierdas quiere decir creer en la defensa y promoción del Estado del Bienestar, sin menoscabar su capacidad de gestión, para poder garantizar los Derechos Humanos y sociales de la ciudadanía, sin adelgazarlo para privatizarlo bajo los criterios de aumentar su eficiencia. Ser de izquierdas supone promover las herramientas para la movilidad social, la participación, la transparencia, la meritocracia, la integración en armonía de todos los ciudadanos que conforman una sociedad a través de políticas públicas incluyentes y universales.

## **La peste de la corrupción**

Marco Aurelio (*Reflexiones IX, 2*) indicaba como sería propicio para un hombre agradecido el morir sin haber llegado a contagiarse de la

falsedad, la hipocresía y la vanidad del lujo. Consideraba que morir saciado de ello es morir dos veces. Para concluir en que la peste de la corrupción es la peste de la inteligencia. A pesar de la antigüedad de la cita, como bien dice Bertrand de Speville, no siempre se ha considerado la corrupción como algo malo. Hasta hace relativamente poco, ciertos economistas respetables decían que en términos económicos la corrupción podía ser una cosa buena. Sin embargo, la afirmación de que, en un sistema democrático, ciertas dosis de corrupción son necesarias para sostener el esquema de partidos políticos, que lleva a la aceptación de irregularidades en su financiación, es inaceptable porque la credibilidad de una formación política debe radicar no solo en la coherencia ideológica y el carácter democrático de sus mecanismos, sino también en la transparencia de sus recursos, que será el reflejo de la honradez de sus dirigentes.

A pesar de que la corrupción hunde sus raíces en la noche de los tiempos, en tiempos modernos, solo hace poco más de veinticinco años el mundo comenzó a tener conciencia del problema y reconoció el poder destructivo de la corrupción.

Algunos fijan el impacto y reconocimiento en el colapso de la URSS. A partir de este momento Occidente dejó de combatir para ganar la influencia de los Países No Alineados, muchos de los cuales estaban dominados por la corrupción.

En el régimen totalitario con estructuras rígidas y control absoluto, las organizaciones criminales no tenían posibilidad de existir porque su espacio lo cubría el Estado; al desaparecer aquel, las estructuras mafiosas se desplegaron en toda su amplitud llegando a cubrir todo el espacio disponible en los países resultantes. Esta realidad hizo que estos tomaran súbitamente la corrupción en serio y la lucha contra la misma comenzó a resultar prioritaria para organismos internacionales y países democráticos.

De alguna forma se generó un consenso sobre los efectos, aunque no sobre las causas. «La corrupción amenaza al Estado de Derecho, la democracia y los Derechos Humanos, socava la gobernabilidad y la imparcialidad e independencia judicial, distorsiona la

competitividad, obstaculiza el desarrollo económico y pone en peligro la estabilidad de las instituciones democráticas y la base moral de la sociedad». (Preámbulo de la Convención Penal sobre la corrupción del Consejo de Europa).

Quedaba clara también la vinculación, que se extiende hasta el día de hoy en múltiples países, entre corrupción y crimen organizado, hasta el punto de afirmar que la primera es un instrumento idóneo para la expansión, consolidación e impunidad del segundo. Asimismo, aparecían vínculos entre el lavado de activos y el terrorismo. Michael Hershman señala cómo la bomba que mató en un teatro de Moscú a más de 100 personas fue transportada en un autobús desde Grozny (Chechenia) que fue detenido cincuenta veces en barricadas, y en cada ocasión, se pagó un soborno y dejó de efectuarse una inspección.

El concepto de corrupción es confuso y amplio porque en su sentido físico es aplicable a cualquier objeto, y en sus aspectos intelectual, sentimental, político, social y económico, al ser humano en general. Se trata de un fenómeno global cuyas prácticas están presentes en los diferentes estratos y niveles de la sociedad. Aunque se ha convertido en un tema de moda, siempre ha existido.

Hoy en día, la corrupción, tanto la que afecta al sector público como al privado, es uno de los mayores desafíos a los que se enfrentan las sociedades, tanto las más avanzadas como las menos desarrolladas. En ambos casos supone un riesgo que afecta a la propia esencia de los valores democráticos, en un triple sentido:

1. Los principios de mercado en los que se asienta el poder económico y financiero de los Estados y la sociedad civil se ven alterados, pudiendo verse comprometidos los mercados internacionales. Ténganse en cuenta los acontecimientos financieros que motivaron la crisis del 2008, que afectaron a los mercados y economías mundiales, todavía no superados.
2. La quiebra y pérdida de los valores de confianza y respeto de los ciudadanos en las instituciones públicas y privadas.

3. El peligro de infiltración de los grupos organizados en las estructuras de los poderes del Estado, que en definitiva puede suponer un ataque o menoscabo de los principios de libertad, seguridad y justicia. Al respecto podemos tomar como ejemplo los casos de México (55.000 muertos y casi 30.000 desaparecidos a causa del crimen organizado en los últimos diez años) y especialmente el del denominado *nuevo triángulo de oro*: Guatemala, Honduras y El Salvador, donde los grupos criminales organizados detentan el poder absoluto, ante la falta de institucionalidad, o están cuestionando al propio Estado, que, a pesar de la ayuda a la justicia nacional de mecanismos internacionales como las comisiones de la ONU y la OEA para combatir la corrupción y el crimen organizado, se ve impotente para responder con una política eficaz ante la magnitud del desafío y la corrupción generalizada en todas las estructuras del Estado. O el del aumento del tráfico internacional de heroína, con la reactivación de los mercados internacionales que la comercializan. Afganistán, de nuevo, se ha puesto al frente de este tráfico ilícito.

El Banco Mundial, en su «Informe sobre el Desarrollo Mundial» del ya lejano año 1997, definía el fenómeno de la corrupción como el abuso de autoridad pública para conseguir un beneficio privado. El enunciado sigue plenamente vigente. Las motivaciones de quienes caen en la corrupción van más allá de lo económico. La propia convicción, el odio, la venganza, los intereses de cualquier orden, incluido el de favorecer a los suyos, pueden corromper a una persona, aunque no se lucre ni beneficie de otra forma. Hoy, sigue siendo válida esta reflexión. Lo único que ha cambiado son las fórmulas más sofisticadas para hacerla efectiva.

La corrupción, sobre todo y con independencia de su clase, es un fenómeno que genera injusticia y desigualdad entre los ciudadanos y desconfianza entre los mismos y las instituciones que los representan. Así, ante la falta de respuestas adecuadas por parte de quienes tendrían



obligación de perseguir las prácticas corruptas y no lo hacen, se presume la corrupción del sistema. De esta forma aumenta el desinterés por la defensa de lo público y crece la apatía ante la necesidad de generar un rearme ético que tenga como base la educación y el aprendizaje y que sirva para hacer frente al fenómeno a medio y largo plazo.

La corrupción política, de la mano de la económica, se traduce en una especie de privatización del Estado. Quienes deberían servirlo pasan a ser «dueños» de aquellos elementos públicos que gestionan tomando así fuerza el concepto de patrimonialización de los mismos, en detrimento de la idea democrática de atención al ciudadano que debería regirlos.

Si uno de los significados de la corrupción es «la utilización de un cargo público en beneficio propio», tendremos que asumir que las ganancias que consiguen los corruptos con sus actividades perjudican a todos los ciudadanos en general, por cuanto suponen o generan una especie de «impuesto implícito» al que se refería en 2011 el presidente en España de Transparencia Internacional cuando hablaba de sobrepagos en las obras y servicios públicos. Por tal razón, deberían devolver lo obtenido por estas prácticas.

Si además se añade que el objeto de la corrupción, en el sentido del bien producido, objeto de consumo, carece de los controles de calidad adecuados o de la seguridad precisa y eso perjudica a los ciudadanos, la pregunta es ¿cómo, a pesar de ello, la corrupción es algo consentido o disculpado por aquellos, en España en particular, hasta el punto de no castigar a políticos corruptos en las urnas, o asumiendo que todos son iguales? ¿Cuál es la causa real y verdadera por la que, partiendo de esa realidad, importe o se valore más que no te sorprendan que el hecho mismo del comportamiento corrupto?

Es decir, se descubre en forma muy preocupante que la corrupción es un fenómeno que, aunque rechazado en las encuestas, es aceptado socialmente en España (el 61,6 por ciento piensa que los españoles somos tolerantes con la corrupción) y ha supuesto la creación de una clase de personas que viven de la sumisión de la política a los intereses particulares.

## La era del crimen organizado

Raymond Aron identifica la dialéctica del antagonismo a través de tres conceptos que constituyen modos de actuación orientados a influir en la conducta de los demás hombres considerados como objetos o entes neutros. Son la disuasión, la persecución y la subversión.

Por su parte, Jean François Gayrand subraya que la ley del antagonismo reposa en tres modos de acción similares: la intimidación, la corrupción y el asesinato. Estas tres armas se valen de dos sentimientos naturales y universales que a la vez son motores que se predicen de la naturaleza humana: el miedo y la codicia. El temor generalizado permite economizar y evitar el uso de la violencia. Cuando el miedo no es suficiente (intimidación), el interés (corrupción) puede resultar muy eficaz. De hecho, la intimidación y la corrupción son dos procesos íntimamente unidos: un individuo también puede dejarse corromper por miedo.

Es sabido que las mafias, parafraseando a Carlo Alberto Brioschi, prefieren «estrategias de baja intensidad» y que escogen «estrategias de baja visibilidad, con un control estricto de la violencia. Un proverbio siciliano afirma que «el crimen perfecto es el que hace desaparecer el cuerpo y el recuerdo de lo ocurrido».

Una mafia necesita para su supervivencia el control del aparato político de un país, una región o un municipio. Con ello consigue dos objetivos: neutralizar la persecución de sus miembros y apoderarse de los recursos económicos.

Esencialmente, el mafioso es un animal económico que aprovecha las libertades y las oportunidades que le brinda el sistema político para corromper y enriquecerse, o mejor dicho, para enriquecerse a través de la corrupción, por lo que esta no es un fin en sí misma, sino un instrumento del que se sirve. Todo aquello que pueda corromperse y manipularse lo será por el mafioso, que se convierte en un «demócrata neutro», como decía Tomaso Busceta, el mafioso arrepentido que dio lugar al maxiproceso contra la mafia en Sicilia.